

KHAN, Geoffrey – GALLEGRO, María Ángeles – OLSZOWY-SCHLANGER, Judith, *The Karaite Tradition of Hebrew Grammatical Thought in its Classical Form. A Critical Edition and English Translation of al-Kitāb al-Kāfī fī al-Luġa al-Ibrāniyya by 'Abū al-Faraj Hārūn ibn al-Faraġ*. «Studies in Semitic Languages and Studies» XXXVII/1-2 (Leiden – Boston: Brill, 2003), xcvi + 1097 pp. (I vol.: xci + 523; II vol.: vii + 569). ISBN: 90 04 13272 4

Dividida en dos volúmenes, la presente obra nos ofrece la edición y la traducción del hebreo al inglés de las dos partes de *al-Kitāb al-Kāfī fī al-Luġa al-Ibrāniyya* de Abū l-Faraġ Hārūn ibn al-Faraġ, precedidas de un prefacio (pp. ix-x) y un estudio introductorio (pp. xi- xci), y seguida de las referencias (pp. 1047-1055), el inventario de manuscritos de *al-Kitāb al-Kāfī* de la segunda colección Firkovitch (pp. 1056-1057) y el índice de citas bíblicas (pp. 1058-1097).

Se trata, como es sabido, de la primera edición completa de una de las obras de Abū l-Faraġ Hārūn ibn al-Faraġ, que hasta la fecha era prácticamente una incógnita para los eruditos modernos, pese a ser uno de los textos sobre gramática más utilizados en la Edad Media, ya que este texto supone una ruptura con los textos previos, al tiempo que representa el clímax de la tradición gramatical caraíta que no se recuperará con posterioridad. El estudio introductorio ha sido dividido en varias partes, cada una dedicada a un aspecto concreto del texto:

1. “Abū al-Faraj Hārūn and the Karaite grammatical tradition” (pp. xi-xxxiii). Abū l-Faraġ estuvo ligado durante la primera mitad del siglo XI a la escuela caraíta que había fundado su maestro Abū Ya'qūb Yūsuf ibn Nūḥ, uno de los eruditos más destacados de la época, que redactó una gramática hebrea, el *Diqduq* que se puede identificar con certeza como el primer texto gramatical caraíta. No obstante, Abū l-Faraġ supuso un cambio radical en la tradición gramatical caraíta y sus obras claramente están alejadas de los primeros gramáticos caraítas, fundamentalmente por dos cuestiones: por el estudio del lenguaje en sí mismo y por la aproximación gramatical de tipología categorial desarrollada. Asimismo, cabe destacar que la mayoría de la terminología técnica empleada por Abū l-Faraġ procede de la escuela árabe basrí, que en ocasiones difiere de la caraíta, que deriva del hebreo en su mayoría. Existe un gran número de textos medievales (*Me 'or 'Ayin*, de la segunda mitad del siglo XI; *Mozne Léšan ha-Qodeš*; *Hidāyat al-Qāri'*) en los que han influido de forma considerable las obras de Abū l-Faraġ.

2. “Al-Kitāb al-Kāfī fī al-Luġa al-Ibrāniyya” (pp. xxxiii-xxxix), donde los autores explican que no se trata simplemente de un resumen de su obra previa, sino de un “registro” de la progresión evolutiva del pensamiento gramatical del autor. Asimismo, Abū l-Faraġ se permitió la licencia de que la obra alcanzase

una extensión considerable, llegando incluso a incluir discusiones filosóficas de los principios generales del lenguaje.

3. “Grammatical terminology” (pp. xxxix-xlvi). La terminología empleada por Abū l-Faraġ proviene de la escuela barrí: se trata, por lo tanto, como indican sus editores de una gramática esencialmente árabe, aunque también utiliza algunos términos hebreos que sobrevivieron a la primera tradición caraíta. En este apartado se presenta, asimismo, un listado con la terminología principal empleada en *al-Kitāb al-Kāfī*.

4. “Manuscripts” (pp. xvii-lxxxviii). Khan, Gallego y Olszowy-Schlanger, acertadamente, subdividen este apartado con el fin de describir los rasgos del corpus de manuscritos utilizados para el estudio y la traducción, así como las peculiaridades ortográficas de éstos. Origen, datación, rasgos paleográficos y codicológicos, diferencias textuales, errores de los copistas y un completo análisis de los rasgos lingüísticos más característicos que presenta el material manuscrito es el contenido del sobresaliente estudio que precede a la edición-traducción de *al-Kitāb al-Kāfī*. La comparación de los manuscritos evidencia que el texto ha sido transmitido con un alto grado de precisión y de fiabilidad. Los mínimos cambios que hicieron los copistas fueron, principalmente, de naturaleza lingüística y ortográfica. En general, todos preservan la misma tradición textual de la obra, y el registro lingüístico utilizado puede ser considerado, en términos generales, como el mismo que el autor utilizó originalmente.

5. “The edition and translation of the text” (lxxxviii-xci). Este apartado sirve a Khan para explicitar los objetivos que han guiado la traducción de la obra: crear un texto claro y legible, tanto como fuera posible, pero sin alejarse de la realidad filológica que presentan los manuscritos.

Es digno de destacar que para cada capítulo de la obra se haya escogido un único manuscrito como texto base de la edición. Tanto como les ha sido posible a sus editores, el texto es presentado en la edición exactamente como aparece en el manuscrito base, manteniendo la ortografía y reproduciendo los diacríticos y la vocalización. En aquellos casos en los que no se ha podido contar con el texto completo de un manuscrito base, los editores se han servido de varias muestras para las diferentes secciones del capítulo.

La traducción aparece en página opuesta al texto original, de modo que el lector puede leer el texto traducido de corrido o bien comparándolo con el original judeoárabe. No se trata de una versión literal, en beneficio de una lectura dinámica, dada la tendencia de Abū l-Faraġ a la sintaxis compleja. De gran valor son, por lo demás, las anotaciones, que persiguen tanto clarificar como facilitar paralelismos con la tradición gramatical caraíta, además de otros tipos de información complementaria.

Estamos, sin lugar a dudas, ante un texto de capital importancia para los estudios gramaticales del Medioevo. La edición es excelente, la traducción ejemplar y el estudio preliminar soberbio. Queda pendiente un volumen

complementario que aparecerá más adelante. Se trata, por lo tanto, de un ejemplo a imitar en la edición de textos gramaticales.

CRISTINA HUERTAS ABRIL
Universidad de Córdoba

LAPLANA, Josep de C., *L'Església dels primers segles* (Barcelona: Editorial Mediterrània, 2006), 795 pp.

Este monumental trabajo es sin duda un libro de consulta utilísimo, no solo para aquellos que comienzan sus estudios sobre el Cristianismo primitivo, sino también para aquellos que, conociéndolo ya, necesitan una guía precisa respecto a aspectos concretos de los primeros siglos de la Iglesia. Es, sin duda, el resultado de un enorme esfuerzo de síntesis, fruto de los muchos años de experiencia docente del autor. Asimismo, contiene un evidente esfuerzo de claridad y sencillez expositiva, ambas cualidades que únicamente se encuentran en aquellos que conocen bien una materia.

Se trata de la historia de los cinco primeros siglos de la Iglesia, historia narrada con un espíritu especialmente, y explícitamente (p. 30), analítico. Y es que en los veinte capítulos de la obra se van presentando y estudiando los diferentes elementos de un todo, la Iglesia temprana, para poder llegar a entender mejor ese todo. De hecho, se trata de una historia de individuos y de colectivos que a pesar de pertenecer a la Iglesia desde su propia esencia, no pierden en cambio su personalidad diferente y distintiva, ni su responsabilidad individual por el hecho de esa pertenencia (pp. 30 y p. 31).

El libro está estructurado en veinte capítulos ordenados de forma cronológica. El primero trata de la Iglesia de Jerusalén (pp. 35-62) y a continuación las iglesias más cercanas de Alejandría, Palestina, Damasco y Antioquía (pp. 63-95), así como a continuación las áreas evangelizadas por Pablo, Felipe y Juan (p. 97-132) y el apostolado de Pedro y el Occidente (pp. 133-159). Posteriormente se trata el Gnosticismo (pp. 161-187) y luego las herejías y el establecimiento de la ortodoxia (pp. 189-220). Los cinco capítulos que siguen tratan del Cristianismo y el Imperio Romano con capítulos independientes relativos a cuestiones como las primeras persecuciones imperiales (pp. 221-262), las conversiones y la vida en un mundo pagano (pp. 263-321), las persecuciones del siglo III y las ideologías que rivalizaron en Roma con el Cristianismo (pp. 323-356), la consolidación interna de la Iglesia en el siglo III (pp. 357-388) y finalmente los edictos y decretos de persecución hasta el 311 (pp. 389-418). Un tercer gran bloque de capítulos está dedicado a la época de Constantino (pp. 419-448) y posteriores, dedicados también al arrianismo en el siglo IV (pp. 449-485), en su momento de auge (pp. 487-508) y de superación (pp. 509-535). Un cuarto y último bloque de capítulos se dedica al estudio de la decisiva expansión de la Iglesia con la cristianización